

pongas a tu señora en contra mía, y ya verás. . . ya verás. . . lo que puedo hacer por tí, Ya verás. ( SALEN )

#### CASA DE CALIXTO

PARMENO.— ¡ Señor, señor !

CALIXTO.— ¿ Qué pasa loco ?

PARMENO.— Sempronio y Celestina vienen por la calle.

CALIXTO.— ¿ Y qué esperas ? Los ves venir y no corres a abrir la puerta. ( ENTRAN CELESTINA Y SEMPRONIO ).

CELESTINA.— ¡ Oh, mi señor Calixto ! ¡ oh mi nuevo dueño de la hermosa Melibea ! ¿ Con qué pagarás a esta vieja que hoy se ha jugado la vida por servirte ?

CALIXTO.— Por Dios Señora, decídme ¿ Qué hacía ? ¿ Qué vestido tenía ? ¿ En que parte de la casa estaba ? ¿ Qué cara mostró al principio ?

CELESTINA.— La que suelen poner los bravos toros contra los que lanzan agudas espadas es el coso.

CALIXTO.— Reina y señora mía, si no quieres que desespere decídme brevemente si accedió a tu demanda.

CELESTINA.— La mayor gloria del secreto oficio de la abeja, que los discretos deben imitar, es que lo que ellas tocan lo convierten en otra cosa mejor. De manera que de todas las zahareñas razones y esquivas de Melibea lo traigo convertido en miel y su ira en mansedumbre.

CALIXTO.— Ahora señora que me das buenas razones, decídme que respondió a la demanda de la oración.

CELESTINA.— ¡ Qué de buen agrado la daría ?

CALIXTO.— ¡ Oh, gracias a Dios !

CELESTINA.— Pero le pedí más.

CALIXTO.— ¿ Qué buena mujer ?

CELESTINA.— Un cordón que ceñía su cintura, diciéndole que sería provechoso para tu dolencia, Tómalo que si no me muero, yo te daré a su dueña.

CALIXTO.— ¡ Oh, bienaventurado cordón que pudiste tener el merecimiento de ceñir su cintura, aquel cuerpo que yo no soy digno de servir !

SEMPRONIO.— Señor, Por el cordón no olvidéis a Melibea.

CALIXTO.— ¿ Qué dices loco desvariado ?

SEMPRONIO.— No lastimes tu llaga cargándola de más deseo. No es del cordón del que depende tu remedio.

CALIXTO.— Bien lo sé, pero no tengo sufrimiento para abasternerme de adorar a tan alta empresa.

CELESTINA.— ¿ Empresa ? Aquella empresa de buena gana es dada, pero ya sabes lo que hizo por amor a Dios, por sanar tus muelas, no para cerrar las llagas de tu amor; pero si tu pena no cesase, mañana iré por la oración.

CALIXTO.— ¿ César ? ¿ Entonces debo ceder a su crueldad ?

CELESTINA.— Señor por hoy baste. No te fatigues, que más aguda es la lima que tengo, que fuerza guarda la cadena que te atormenta. Yo la cortaré para que quedes suelto. Ahora dame licencia, que es tarde; deja retirarme.

CALIXTO.— Parmeno, acompaña a esta buena señora a su casa y le acompañe la felicidad y alegría, que conmigo queda la tristeza y la soledad.

( SALEN PARMENO Y CELESTINA )

#### ACTO SEGUIDO

#### CASA DE CALIXTO

CALIXTO.— ( entrando ) ¡ Mozos !

PARMENO.— ( Entra ) ¡ Señor !

CALIXTO.— ¿ Es muy noche ? ¿ Es hora de acostarme ?

PARMENO.— Señor ya es tarde para levantarse.

CALIXTO.— ¿ Que dices ? ¿ Ya transcurrió la noche ?

PARMENO.— Y buena parte del día

CALIXTO.— Dime, Sempronio, ¿ Es verdad lo que dice esta desvariada ?

SEMPRONIO.— Señor, si olvidas un poco a Melibea, verás la realidad.

CALIXTO.— Creo que llaman a misa. Dadme mis ropas. Iré a rogar a Dios que ayude a Celestina para que consiga que Melibea ponga fin a mis tristes días.

SEMPRONIO.— Te acompañamos, Señor ?

CALIXTO.— ¡ No iré solo y no regresaré hasta que no me digáis que ya está de vuelta Celestina.

SEMPRONIO.— Señor, deja eso, deja ya las canciones y come algo para que puedas vivir.

CALIXTO.— Sea como te parece, mi buen criado Sempronio. Tanto tienes a mi servicio que quieres tanto mi vida como la tuya. ( SALE )

SEMPRONIO.— ( REMEDANDOLO ).— “ Quieres tanto mi vida como la tuya ” ¡ Ja, ja, !

PARMENO.— ¡ Ja, ja, ja ”. ( SALEN LOS DOS )

## CASA DE MELIBEA

( ENTRANDO )

MELIBEA.— Nada sospecha mi padre. ¡ Oh, si él conociera mi estado de ánimo ! ¡ Infortunada de mí ! ¡ Cuánto me pesa la hipócrita violencia de mi primer rechazo hubiera sido mejor acceder desde un principio a las pretenciones de Calixto. Entre cadenas esta mi corazón desde que escuché su nombre. ¿ Qué ansia es está que abraza mis sentidos en no se que si suaves y crueles llamas. ¡ Oh, gentil Calixto ! Sus palabras, sus palabras dulces como la miel, sus miradas. . . Flechas que aquí quedaron para siempre clavadas en mi corazón. Acaso, desdén, ha puesto sus ojos en una doncella menos cruel que yo ? ¿ Acaso hubiera sido mejor mi ofrecimiento forzoso, que mi prometimiento negado ? ¿ Qué pensará de mí Lucrecia ? ¿ Qué pensará de mí honestidad ? . . . Pero no importa. ¡ Que venga Calixto ! Que no me desprecie que sepa que Melibea es suya.

LUCRECIA.— ( ENTRANDO ).— Tía, espera un momento que entraré a ver con quién está hablando mi señora ?

MELIBEA.— ¡ Y muera luego !

LUCRECIA.— ¡ Entra ! ¡ Entra ! habla consigo misma.

( ENTRA CELESTINA )

CELESTINA.— ¿ Cuál es tu mal, señora, que muestra tu rostro las señas de tu tormento.

MELIBEA.— ¡ Madre mía, mi corazón es devorado por serpientes dentro de mi cuerpo !

CELESTINA.— ( APARTE ).— Así quería yo.

MELIBEA.— Cuál crees, al verme así, que sea la causa de mi mal.

CELESTINA.— Desconozco la calidad de tu mal, no puedo adivinar la causa.

MELIBEA.— Mi mal es de corazón, pues siento el dolor en el se-

no izquierdo y de ahí a todo el cuerpo. Nunca imaginé que un dolor podría privar el entendimiento, como éste lo hace. Me siento turbada, sin apetito, no puedo dormir; ninguna risa quiero oír. La causa de mi mal que me preguntas no lo sabré decir.

CELESTINA.— Sin romperte tus vestidos se lanzó contra tu pecho el amor. No laceraré tus carnes para curarte.

MELIBEA.— Cómo llaman a este dolor que se a enseñoreado en lo mejor de mi cuerpo ?

CELESTINA.— ¡ Amor dulce !

MELIBEA.— Eso es, el sólo oírlo me alegró.

CELESTINA.— Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una soportable dolencia, una dulce herida, un alegre tormento, una suave muerte. Más tu juventud, te ayudará. Cuando Dios da la llaga, envía junto el remedio. Yo conozco, en este mundo, una flor que de todo eso te puede librar.

40

MELIBEA.— ¿ Cómo se llama ?

CELESTINA.— No puedo decirlo.

MELIBEA.— Dílo, no temas.

CELESTINA.— ¡ Calixto !

MELIBEA.— ¡ Calixto ! ( SE DESMAYA )

CELESTINA.— ¡ Oh, por Dios señora ! Que os pasa ! ¡ Oh, mezcua soy ! ¡ Alza la cabeza ! ¡ Oh, desventurada vieja ! ¡ En ésto acabaré ! Si muere, muerto soy. ¡ Señora mía ! ¡ Melibea qué has sentido ? ¿ Dónde está tu graciosa habla ? tu alegre color ? Abre los ojos ¡ Lucrecia ! ¡ Lucrecia !. Tu señora se ha desmayado trae agua rápido.

MELIBEA.— Calma, calma. Ya me recobro. No hagas escándalo

CELESTINA.— Qué te ha sucedido, perla mía ?

MELIBEA.— Mi honestidad se quebró y cedió mi vergüenza. Hace tantos días que ese caballero me habló de amor, que entonces su idea me enojo, tanto como me alegra ahora que lo vuelvas a nombrar. En mi cordón le llevaste envuelta mi libertad. Su dolor de muelas era mi mayor tormento. Alabo tu sufrimiento, tu osadía, tu agradable hablar, tu sabiduría, tu solicitud, tu importunidad. Mucho te debe ese señor. . . y yo más, has sacado de mi pecho lo que jamás a nadie pensé descubrir.

CELESTINA.— Cuéntame, señora, tus deseos, que yo haré cumplir los tuyos y los Calixto.

MELIBEA.— ¡ Oh, mi Calixto, mi señor ! Mi dulce alegría ! Si tu corazón siente lo que el mío, no imagino cómo puedes vivir. Oh, amiga y señora haz que luego le pueda hablar y te daré mi vida.

CELESTINA.— Ver y aún hablarte.

MELIBEA.— Imposible.

CELESTINA.— Imposible no hay para un hombre enamorado.

MELIBEA.— Dime, pues, cómo ?

CELESTINA.— Por entre las puertas de tu casa.

MELIBEA.— ¿ Cuando ?

CELESTINA.— Esta noche

MELIBEA.— A qué hora, gloriosa señora

CELESTINA.— A las doce.

MELIBEA.— Ve mi señora y leal amiga y dile a mi señor que venga, que yo lo estaré aguardando la hora que ordenaste.

( SALE CELESTINA )

UNA CALLE

SEMPRONIO.— Señor, mira que ya has dado en mucho que decir. No descubras tu pena a los estraños, que el pandero está en manos de quien lo sabrá teñir.

41

CALIXTO.— En qué manos ?

PARMENO.— De Celestina.

( APARECE )

CELESTINA.— Nombráis a Celestina ? ¿ Que dicen de esta esclava de Calixto. Vengo por toda la calle tratando de alcanzarlos.

CALIXTO.— ¡ Oh, joya del mundo ! El corazón se me alegra con tu presencia. Con tu noble juventud. Dime, ¡ qué nuevas traes de mi señora Melibea ?

CELESTINA.— Que es más tuya que de ella misma.

CALIXTO.— Madre, no digas tal cosa que estos mozos dirán que estás loca, Melibea es mi señora, es mi Dios, Melibea es mi vida, y yo su siervo.

SEMPRONIO.— Con tu desconfianza en tí dices esas cosas, señor. Dale algo por su trabajo que eso es lo que espera.

CALIXTO.— Es verdad, tomad esta cadenilla, madre mía, que bien sé, nunca igualará tu trabajo.

PARMENO.— ( APARTE ) ¿ Cadenilla llama a eso ? ¿ Oyes Sempronio ? no escatima gasto ?

CELESTINA.— Melibea pena por tí más que tú por ella. Te ama y desea verte, piensa más horas en tí que en ella. Melibea se llama tuya y con eso apaga el fuego que más que a tí la quema.

CALIXTO.— ¡ Mozos, estoy aquí ! ¡ Mirad si estoy despierto ! ¡ Oigo yo ésto !

CELESTINA.— Nunca el corazón lastimado toma la noticia por cierta, ni la mala por duradera. Pero verdad o mentira lo comprobarás esta noche yendo a su casa las doce.

CALIXTO.— ¿ Qué dices señora ? ¿ Podré hablarle ?

CELESTINA.— De rodillas.

SEMPRONIO.— Cuidado, madre, que así van las rosas envueltas en espinas.

PARMENO.— Es sospechoso que tan pronto conceda una cita.

CALIXTO.— ¡ Callad ! ¡ Locos, bellacos, sospechosos ! Me dan a entender que los ángeles saben hacer mal.

CELESTINA.— Tienes razón, señor, son sospechas vanas las e ellos. Ya hice lo que estaba en mis manos hacer. Te dejo. Me voy contenta. Si me necesitaras para algo más, estoy siempre a tu servicio.

CALIXTO.— Aguarda, madre mía.

( MUTIS DE CALIXTO Y MELIBEA )

PARMENO.— ¡ Ji, ji, ji, !

SEMPRONIO.— ¿ De qué te ríes, Pármeno ?

PARMENO.— De la prisa que tiene esa vieja por irse. No puede creer que tenga la cadena en su poder, ni que se la han dado de verdad. No se cree digna de ella, como tan poco Calixto de Melibea.

SEMPRONIO.— Y qué quieres que haga una alcahueta, que sabe y entiende lo que nosotros callamos, sino ponerse a salvo con la posesión por temor a que se la quiten. Pero guárdese del diablo, que al repartir no le saquemos el alma.

( SALEN )

CASA DE CELESTINA

CELESTINA.— Vino algúien cuando estuve afuera ?

ELICIA.— La moza que va a casarse y que tiene necesidad de tus remedios.

CELESTINA.— No recuerdo quien es.

ELICIA.— No recuerdo, no recuerdo, eres desmemoriada. Ha venido más de cien veces.

CELESTINAS.— ¡ Vienen tantas !

ELICIA.— Volverá ! Como que te entregó en prenda una manecilla de oro.

CELESTINA.— ¡ Ah ! Esa. Ya sé quién es. Traía otro trabajo a cuyo lado los demás son pocos.

ELICIA.— Sí, Calixto. Y todo por la ganancia.

CELESTINA.— No pienses en ella y te caerá del cielo.

ELICIA.— Mientras hoy tuviéramos que comer no pensemos en mañana. Gocemos y hoguemos que la vejez pocos la ven y de los que llegan a ella nadie murió de hambre.

CELESTINA.— Se ve que eres moza de seso. ¿ Qué sería de mí y de tí si yo no cuidara de mejorar nuestra hacienda ? ¿ Tendría yo los escudos de oro que me dió Calixto ? Tendría la cadena que solo de peso tiene tres onzas ? Con esto y lo que he ganado en otros negocios me parece que no me faltará para pasar mi vejez.

ELICIA.— No se compra con dinero la juventud.

CELESTINA.— Pero la vejez se disimula.

ELICIA.— Sea como tú dices. Quédate con Dios que yo me voy a acostar.

CELESTINA.— Anda duerme, que la juventud necesita más del sueño que la vejez.

ELICIA.— ¡ Dios, te guarde ! ( SALE )

( A ELICIA QUE HA SALIDO )

CELESTINA.— ¡ Loquilla ! Recréate en tu juventud que como te ves me ví. ¡ Todo pasa. Todo queda atrás ! Pronto pasaran tus días y como me vez te verás. Ahora a solas, gozaré de mis riquezas.

CALIXTO.— Las doce dan ya. A buen tiempo llegaremos. Pármemo ve a ver si ya llega mi señora por entre las puertas.

PARMENO.— ¿ Yo señor ? Nunca agoré lo que no conserté. Es mejor que tu presencia sea lo primero que vea, para que no se turbe con mi presencia.

CALIXTO.— Dices bien. Quedaos aquí ¡ Eh, Señora mía !

LUCRECIA.— Es la voz de Calixto. ¿ Quién habla ? ¿ Quién está afuera ?

CALIXTO.— El que viene a cumplir lo que tu mandaste.

LUCRECIA.— ¿ Por qué no vienes Sra. ? Aquel caballero ya está aquí.

MELIBEA.— ¡ Loca, habla bajo ! Mira bien si es él.

LUCRECIA.— Sí mi señora yo le conozco la voz.

CALIXTO.— Creo que fuí burlado. No era Melibea quien hablo. Pero vivo o muerto no me iré de aquí.

MELIBEA.— Vete, Lucrecia a acostar. ( SALE ) Eh, señor ! ¿Cuál es tu nombre ? ¿ Quién te mando venir aquí ?

CALIXTO.— La que tiene el poder de mandar a todo el mundo. La que yo dignamente no puedo servir. No tema su merced descubrirse a este cautivo de su gentileza, que el dulce sonido de tu voz me dice que eres tú mi señora Melibea.

MELIBEA.— Deja esos vanos pensamientos que mi venida fue a darte la despedida y a tener yo reposo. No querrás poner mi fama en boca de maldicientes.

CALIXTO.— ¡ Oh, desventurado Calixto Cómo has sido burlado por tus sirvientes ! ¡ Oh, engañosa Celestina ! ¿ A eso me mandaste venir ? Sólo para que fuera mostrado el desfavor y la desconfianza por quien tiene las llaves de mi perdición y de mi gloria.

MELIBEA.— Cese, señor, tu sufrir, que mi corazón no basta para sufrir ni mis ojos para disimular. Tú lloras de tristeza porque me juzgas cruel y yo lloro de placer viendote fiel. ¡ Oh, mi señor, cuánto más alegre me sentiría si pudiera ver también tu rostro y no solamente escuchar tu voz. pero ya no se puede hacer más, te confirmo todas las razones que te envié en boca de aquella solícita mensajera. Limpia, señor tus ojos, ordena que tuya es mi voluntad; las puertas impiden nuestro gozo, y las maldigo y a sus cerrojos y a mis débiles fuerzas.

CALIXTO.— ¡ Oh, molestas puertas! ¡ Permite que llame a mis criados para que las quiebren.

MELIBEA.— ¿ Quieres amor mío, dañar mi nombre? El tiempo es breve. Conténtate con venir mañana a mi huerto. Que si quebráramos las puertas, aunque no fuéramos sentidos mañana aparecería la prueba de mi falta.

CALIXTO.— ¡ Oh, mi señora porqué llamas falta a aquello que por Dios me fue concedido?

46

PARMENO.— ¡ Señor alejémonos que viene mucha gente con hachas y serás visto! pues no hay donde te escondas!

CALIXTO.— ¡ Oh, mezquino yo! Y cómo debo separarme, señora de tí! El temor de la muerte no logra tanto como el de tu nombre ¡ Queden los angeles contigo, mi visita será como ordenaste, por la huerta.

MELIBEA.— Que dios te acompañe!  
( FUERA )

PLEBERIO.— ¡ Hija mía, Melibea!

MELIBEA.— ¡ Padre!

PLEBERIO.— ¿ Quién hace tanto ruido en la recámara?

MELIBEA.— Padre, es Lucrecia que salió por una jarra de agua.

PLEBERIO.— Duerme hija. Pensé que era otra cosa.

LUCRECIA.— ( ENTRANDO ) Poco ruido lo ha despertado.

MELIBEA.— ¿ Qué haría mi padre si supiera mi falta de hoy?  
( SALEN )

CALIXTO.— ( A SUS CRIADOS ) Mucho os agradezco lo que habéis hecho. Yo os sabré recompensar vuestros servicios, vayan con Dios. ( SALE )

PARMENO.— ¿ Hacia dónde iremos Sempronio? ¿ A la cama o a almorzar?

SEMPRONIO.— Ve donde quieras que yo antes tengo que ir a casa de Celestina, a cobrar mi parte de las cien monedas de oro y de la cadena.

PARMENO.— Lo había olvidado. Vamos y entre los dos le exigiremos, que sobre dinero no existe amistad.

( SALEN A CASA DE CELESTINA )

#### CASA DE CELESTINA

47

SEMPRONIO.— ¡ Señora, Celestina!

CELESTINA.— ¿ Quién es?

SEMPRONIO.— Abre son tus hijos.

CELESTINA.— ¡ Locos! ¡ traviosos! ¡ Entrad! ¡ Entrad! Qué hacen aquí a esta hora, casi de día. ¿ Qué paso? Se fue la esperanza de Calixto o todavía la anida?

SEMPRONIO.— Déjate ya de éso. Danos las dos partes de lo que Calixto te ha entregado, si no quieres que se descubra quien eres.

CELESTINA.— ¿ Quién soy yo Sempronio? Me quitaste acaso de la alcahuetería? Soy una vieja cual dios me hizo, no peor que todas. Vivo de mi oficio, como cada quien vive del suyo. De mi casa me vienen a sacar, si vivo bien o mal Dios es mi testigo. Y no me amenazas, que para todos existe la justicia. Aunque sea mujer, también seré oída. Dejenme en paz en mi casa. Y tú, Pármeno no

me sientas tu prisionera por que conoces mí pasado, y lo que nos aconteció a mi y a tú desdichada madre.

PARMENO.— No inventes mentiras, o te enviaré con ella para que te puedas quejar.

CELESTINA.— ¡ Elicia ! ¡ Elicia ! Levantate de esa cama, dame mi manto que iré a pedir justicia. ¿ Qué es ésto ? ¿ Por qué esas amenazas en mi casa ? ¿ Con una oveja os sentís muy bravos ? ¿ Con una vieja de setenta años ? ¡ Vayan, vayan con los hombres como ustedes, contra los que portan espada, a ellos muestren esa bravura no conmigo ?

( ENTRA ELICIA CON EL MANTO )

SEMPRONIO.— ¡ Vieja avarienta ! ¿ No estás contenta con la tercera parte que has ganado ?

CELESTINA.— Que tercera parte ? Vete de mi casa y no me hagas enojar. Oh acaso quieres que todo el mundo se entere de las cosas de Calixto y ustedes ?

48

SEMPRONIO.— Grita todo lo que quieras aquí cumplirás lo prometido o aquí te mueres. ( DESENFUNDA SU ESPADA )

ELICIA.— Sempronio, guarda esa espada. ¡ Detenlo, Pármeno ! ¡ Detenlo ! que no la mate ese loco.

CELESTINA.— ¡ Justicia, vecinos, justicia ! ¡ Justicia que me matan en mi casa estos rufianes !

SEMPRONIO.— ¿ Rufianes ? Aguarda, doña Hechicera que te enviaré al infierno. ( LE DA UNA ESTOCADA )

CELESTINA.— ¡ Ay, me ha herido ! ¡ Ay, ay ! ¡ Confesión ! ¡ Confesión !

PARMENO.— Dale, dale ¡ Acabala ! ¡ Mátala que todos nos sentirán !

ELICIA.— ¡ Oh, crueles enemigos ! ¡ Muerta es mi madre !

SEMPRONIO.— Huye, huye, Pármeno que viene mucha gente.

Espera que viene el Alguacil.

PARMENO.— ¡ Oh, pecador de mí no hay por dónde escapar ! Ya están en la puerta.

SEMPRONIO.— Saltemos por esas ventanas. No caigamos en poder de la justicia o somos muertos.

PARMENO.— Salta que voy tras de ti ( SALTAN )

ELICIA.— Celestina ¡ Oh, tía querida ! ¿ Qué será de mí sin tus cuidados y consejos ? ¿ Cómo podré sin tí, seguir ganándome la vida honradamente ?

OSCURIDAD

TERCER ACTO  
CASA DE AREUSA

AREUSA.— ¡ Ay triste de mí ! ¿ Eres tú Elicia ? ¿ Por qué ese manto de tristeza ? ¿ Dime qué sucedió ?

ELICIA.— ¡ Ay prima ! ¡ Sempronio y Pármeno han muerto ! Sus almas están purgando sus penas.

AREUSA.— ¿ Qué dices ? Cuéntame ¿ qué sucedió ?

ELICIA.— ¿ Oiste hablar de los amores de Calixto y Melibea ? y de cómo Celestina había intervenido por consejos de Sempronio ? Como Calixto quedó contento con lo que Celestina había logrado le regalo una cadena de oro. Con ello se sintió tan rica que no quiso compartir la ganancia como había acordado, con ellos. Se hicieron de palabras y cuando Celestina se negó, Sempronio echó mano de su espada y le dió muerte.

AREUSA.— ¡ Oh, pobre mujer y que fue de ellos !

ELICIA.— Al tratar de escapar de la justicia, saltaron por la ventana y casi muertos los prendieron y ahí mismo fueron degollados.

AREUSA.— ¡ Oh, pobre Pármeno, cuanto dolor me causa su

49